

Capítulo LXXI.

¡Los miserables!

La impaciencia de Colón era inmensa, aunque disimulada.

Toda la satisfacción que podía producirle la vista de las naves que viniesen en su socorro, estaba neutralizada por el dolor que le causara dejar en aquellas regiones á los hombres que con él salieron de la Península.

Así es que la presencia de los mensajeros sobreexcitó su ánimo, porque deseaba vivamente saber el resultado de la embajada que les había confiado.

—Somos indignos de vuestras deferencias,—dijo Enriquez al presentarse ante su jefe.

—Nunca, nunca. Sea cual fuere el éxito de vuestro cometido, siempre sabré apreciar en lo mucho

que valen el talento, la lealtad y el patriotismo que tanto os enaltecen.

—Enviad nuevos emisarios,—añadió Oquendo,—ya que nosotros sólo hemos conseguido un desengaño.

—Hablad, hablad con calma, que os escucho con gran interés.

Y los jóvenes oficiales le refirieron todos los detalles de su expedición, demostrándole en su narración una sinceridad exaltada, que agradeció en mucho el almirante.

Pero también comprendió que la inexperiencia y hasta la generosidad de aquellos jóvenes habían perjudicado sus propósitos.

—No os alarmeis, no os inquieteis por lo que acaba de suceder. Tened en cuenta que las grandes empresas exigen gran perseverancia y crecidos sacrificios.

—Pero nosotros no merecemos la honra de continuar lo que nos encomendásteis, porque hemos descubierto nuestra ineptitud.

—Vosotros también ireis al campo enemigo.

—Para pelear, desde luego; pero para conferenciar es imposible, porque nada hemos alcanzado.

—Habeis conseguido mucho.

—No adivinamos...

—Habeis conseguido demostrarme la actitud de aquella gente.

—Era lo ménos que podía hacerse.

—Pues eso me basta para adoptar una medida

enérgica y acertada. Ireis nuevamente, pero ireis en compañía del adelantado, y le prestareis grandes servicios.

—Con nuestras espadas siempre.

—Y con vuestra prudencia.

Los jóvenes no replicaron; pero al salir del camarote estaban más tranquilos.

Las palabras de Colón, sus reflexiones, y la confianza con que les honraba, fueron para ellos un suave bálsamo que cicatrizó las heridas que en sus almas había producido el amargo desengaño que devoraban.

Pero el almirante seguía mortificado por la enfermedad, y no podía tomar una parte activa en la nueva empresa.

Su hermano Bartolomé, hombre de gran perspicacia y de sobrado brio, era la persona indicada para llevar á cabo el proyecto de atraer á los rebeldes por la persuasión, ó de arrastrarlos por la fuerza.

Y al penetrarse de lo que había acontecido á Enriquez y Oquendo, él mismo se anticipó á las órdenes del almirante.

—Yo seré,—le dijo,—el que convenceré á esa gente de su error; yo seré el que castigue á los miserables que la capitanean.

—Pero es preciso,—añadió Colón,—que vaya fuerza suficiente para el caso de que los rebeldes apelen á las armas.

—Podemos contar con cincuenta hombres llenos de fé y de brios que, aunque débiles de cuerpo, porque el sufrimiento les ha rendido, tienen corazón de leales.

Todo se preparó rápidamente.

Y no se equivocaron Colón y su hermano en la confianza que tenían en su gente, pues recibieron con júbilo la noticia de su marcha, y todos se aprestaban á la lucha si era necesaria, porque profesaban, no ya con afecto tibio y vulgar, sino un amor entusiasta al almirante.

Marchaban ya guiados por Enriquez y Oquendo hácia el sitio donde debían encontrarse los rebeldes.

Y los hermanos Porras, que aguijoneados por el remordimiento y por el temor no descansaban un instante, distinguieron á la fuerza del adelantado, y consideraron muy crítica su situación, porque comprendieron lo que podía sucederles.

Los valientes jóvenes que tan mal parados habían salido en la misión que les confiara el almirante estaban indignados en la conducta del capitán Porras, y más que un arreglo amigable, deseaban una lucha encarnizada.

Por eso se alegraron de que el adelantado les ordenase que conferenciaran con el jefe de los rebeldes.

Se iban á acercarse al campo enemigo, cuando Francisco Porras exaltó el ánimo de su gente, haciéndoles ver que si no se defendían de un modo heroico iban á comprometer sus vidas; pero que si vencían á los enviados por el almirante, podrían marchar sobre las naves y apoderarse de ellas.

Por otra parte, confiaban en la superioridad de las fuerzas físicas, que en ellos se habían desarrolla-

do por la vida libre y vaga que llevaban corriendo las selvas.

Y se olvidaban de que el entusiasmo de una causa santa y el sentimiento del honor, son fuerzas más colosales que las fuerzas materiales.

Así es que se aprestaron desde luego al combate sin dar tiempo á escuchar las nuevas proposiciones, pues Francisco Porras comprendía que, dadas las condiciones de su gente, era muy fácil que le atrajesen á la obediencia y volviesen á las naves.

Los rebeldes se agitaron con frenesí, porque estaban persuadidos de que jugaban sus vidas, y se dispusieron á defenderse, empezando por atacar.

Los predilectos de Porras, que formaban el cuerpo principal, se formaron en columnas, y se precipitaron sobre la fuerza del adelantado con espada en mano y en ademan resuelto.

Pero arremetieron con tan mala suerte, que al primer encuentro murieron cuatro ó cinco, perteneciendo casi todos ellos al grupo que se dirigía contra el adelantado. A manos de este murieron Juan Sanchez, esforzado piloto, y Juan Berber, que fué el primero que desnudó su espada contra el almirante.

Mientras el adelantado luchaba denodadamente, calculó Francisco Porras que podría sorprenderlo, y se dirigió á él, cortándole la rodela é hiriéndole la mano que la empuñaba; pero se enredó de tal modo, que antes que pudiera sacar su espada, y despues de una larga lucha, estaba hecho prisionero.

Les bastó á los rebeldes ver fuera de combate á su

jefe para huir sobrecogidos de terror y espanto.

Y no era ciertamente por las simpatías que le profesaban, sino por que simbolizaba su causa y en él veían al que había de dirigirlos en la batalla en que los dejó empeñados.

Terminó, pues, la lucha, quedando la victoria por la fuerza del almirante.

Los indios habían presenciado á cierta distancia aquel terrible combate, y cuando el campo quedó desierto se acercaron, movidos de curiosidad, á ver los cadáveres de unos hombres que ellos, en su ignorancia, y en cierto modo en su superstición, habían creído inmortales.

El adelantado y su gente fueron recibidos por Colón con las demostraciones del mayor afecto.

Francisco Porras y algunos de sus compañeros fueron conducidos prisioneros.

Pero el mayordomo del almirante, que había recibido una herida, al parecer leve, sucumbió por causa de ella.

Los vencidos celebraron una conferencia, en la que pudieron hablar libremente y exponer con franqueza sus sentimientos, acordando dirigir al almirante una reverente instancia, en la que confesasen sus culpas, reconociesen su grave falta y le rogasen que les perdonase.

Así lo hicieron, ofreciendo serle fieles bajo un solemne juramento, y añadiendo que deseaban, en caso de quebrantarlo, que ni sacerdote ni otro cristiano alguno pudiera confesarlos; que no les fuesen prove-

choso el arrepentimiento; que se les privase de los santos sacramentos de la Iglesia; que á la hora de la muerte no recibiesen el beneficio de indulgencias ni de bulas; que se arrojasen al campo sus cuerpos como los de los renegados, en vez de enterrarlos en tierras benditas, y que no recibiesen absolucion del papa, cardenales, arzobispos, obispos, ni otros sacerdotes cristianos.

El almirante, en vista de tan respetuosa súplica, y abandonándose á sus nobles sentimientos, les otorgó el perdón que solicitaban, pero asegurándoles que el cabeilla Francisco Porras quedaria preso.

Capítulo LXXII.

Donde se vé lo que recogen los que siembran beneficios.

La situacion en que la Providencia, en su inescrutable sabiduría, quiso colocar al inmortal Colon, al hombre más notable de su siglo, á una de las figuras más grandiosas de la humanidad, fué demasiado afflictiva, demasiado angustiosa para no exigir de nosotros una descripcion detallada.

Es imposible concebir cómo un hombre cargado de años y de penas, enfermo de cuerpo y de alma, castigado por los más horribles desengaños, pudo soportar aquella incomensurable prueba.

Esto justifica la minuciosidad con que hemos referido sus emociones, sus pensamientos, su actitud en los conflictos, su mansedumbre, su resignacion en